

Text per debatre el divendres 21 de febrer

El text de Hard i Negri que presentem per al debat forma part del llibre "Declaración". Aquests autors ens presenten en aquesta obra quatre figures que es constitueixen després del triomf del neoliberalisme i la seva crisi. Aquestes figures són:

El endeutat: Sobreviu endeutant i viu sota el pes de la responsabilitat de pagar el deute

El mediatitzat: Sufocat per l'excés d'informació, comunicació i expressió però freqüentment sense qualitat suficient

El seguritizat: Presoner de la por i ansiós de protecció. Por que es presenta com un significant buit en el qual pot aparèixer altres amenaces desconegudes o una por als altres perillosos

El representat: Reconeix la caiguda de les estructures de representació però no veu alternativa. Reuneix, fins a cert punt, les figures del endeutat, el mediatitzat i el seguritizat

El representado

Nos dicen constantemente que estamos en medio de una larga trayectoria histórica que lleva de distintas formas de tiranía a la democracia. Aunque en algunos lugares las personas son reprimidas por regímenes totalitarios o despóticos, las formas representativas de gobierno, que afirman ser tan democráticas como capitalistas, se generalizan progresivamente. El sufragio universal es valorado y practicado en todo el mundo, aunque con diferentes grados de eficacia. Nos dicen que el mercado capitalista global siempre extiende el modelo de la representación parlamentaria como un instrumento de inclusión política de las poblaciones. Y, sin embargo, muchos de los movimientos de 2011 se niegan a ser representados y dirigen sus críticas más fuertes contra las estructuras del gobierno representativo. ¿Cómo pueden colmar de insultos ese precioso regalo que les ha legado la modernidad?; ¿Quieren volver a las épocas oscuras del gobierno no representativo y de la tiranía? No, por supuesto que no. Para comprender su crítica tenemos que reconocer que, en realidad, la representación no es un vehículo de la democracia, sino un obstáculo para su realización, y debemos ver hasta qué punto la figura del representado reúne las figuras del endeudado, el mediatizado y el seguritizado, y, al mismo tiempo, resume el resultado final de su subordinación y su corrupción.

En primer lugar, el poder de las finanzas y de la riqueza arrebatada a las personas la posibilidad de asociarse y construir organizaciones capaces de afrontar los costes cada vez más elevados de las campañas electorales. Solo si eres rico, muy rico, puedes entrar en liza con tus propios recursos. De lo contrario, para alcanzar el mismo objetivo es necesario corromper y ser corrompido. Después, cuando están en el gobierno, los representantes electos continúan enriqueciéndose. En segundo lugar, ¿qué verdades pueden ser construidas políticamente si uno no controla los poderosos medios de comunicación? Los lobbies y las campañas de financiación capitalistas son sumamente eficaces cuando se trata de conducir al gobierno a las castas políticas. Line nos dominan. La sobredeterminación simbólica de los medios de comunicación dominantes siempre refrena -y a menudo bloquea- los desarrollos sociales de las luchas independientes, las alianzas populares y la dialéctica entre movimientos y gobiernos. En resumen, los medios de comunicación dominantes crean obstáculos para toda forma emergente de participación democrática. En tercer lugar, el miedo del seguritizado es producido de modo insidioso y escabroso mediante las tácticas de alarmistas de los medios de comunicación dominantes. Ver los telediarios vespertinos es suficiente para sentir miedo de salir a la calle: noticias de niños secuestrados en los pasillos de un supermercado; planes de atención terroristas

con bombas; asesinos psicópatas en el barrio, y así sucesivamente. La naturaleza asociativa de las relaciones sociales es transformada en un aislamiento miedoso. *Homo homini lupus est*: el ser humano es un lobo peligroso para los demás seres humanos. El pecado original está presente perpetuamente y el fanatismo y la violencia generan constantemente, a menudo a cambio de una comisión, chivos expiatorios y pogromos contra las minorías y las ideas alternativas. A través de los procesos de representación la política vierte ese mundo la porquería sobre el representado.

En la sociedad burguesa moderna del siglo XX, el ciudadano, al igual que el explotado y el alienado (incluida la clase trabajadora disciplinada) contaba todavía con algunas vías de acción política gracias a las instituciones (a menudo corporativas) del Estado y de la sociedad civil. La participación en los sindicatos, los partidos políticos y más en general en las asociaciones de la sociedad civil, abrieron algunos espacios para la vida política. Para muchas personas la nostalgia de aquellos tiempos es fuerte, pero suele basarse en relaciones hipócritas. ¡Con que rapidez pudimos asistir al marchitamiento y la extinción de aquella sociedad civil! Hoy las estructuras de participación son invisibles (con frecuencia criminales o sencillamente controladas por lobbies, como decíamos) y el representado actúa en una sociedad privado de inteligencia y manipulado por la imbecilidad ensordecidora del circo mediático, sufriendo la opacidad de la información como una ausencia de virtud y registrando tan solo la transparencia cínica del poder de los ricos redoblado en su vulgaridad por una falta de responsabilidad.

El representado reconoce el desplome de las estructuras de representación, pero no ve alternativa y se ve empujado a retroceder por miedo. De este miedo surgen formas populistas o carismáticas de una política vaciada incluso de la pretensión de representación: La extinción de la sociedad civil de su amplio tejido de instituciones fue en parte el efecto del declive de la presencia social de la clase trabajadora, de sus organizaciones y de sus sindicatos. Se debió asimismo a una progresiva ceguera de la esperanza de transformación o, a decir verdad, a un suicidio de las capacidades empresariales, licuadas por la hegemonía del capital financiero y el valor exclusivo de la renta como un mecanismo para la cohesión social. La movilidad social en estas sociedades se torna, sobre todo para aquellos que en el pasado eran llamados *burgueses* (entonces clase media y ahora confundidos a menudo en la crisis con estratos del proletariado), en un descenso a un agujero oscuro e insondable. El miedo domina. Y así llegan líderes carismáticos para proteger a estas clases y organizaciones populistas para convencerles de que pertenecen a una identidad, que no es más que una agrupación social que ha dejado de ser coherente.

Pero aunque todo funcionara como debiera y la representación política se caracterizara por la transparencia y la perfección, la representación es, por definición, un mecanismo que separa a la población del poder, a los mandados de los que mandan. Cuando fueron redactadas las constituciones republicanas en el siglo XVIII y la representación se configuró como el centro del poder político ascendente (como sujeto soberano por excelencia), ya estaba claro que la representación política no funcionaba mediante una participación efectiva de la población, ni siquiera de los sujetos varones blancos que eran designados como “el pueblo,” . Antes bien, se concibió como una democracia “relativa”, en la medida en que la representación funcionaba para conectar al pueblo con las estructuras de poder y al mismo tiempo separarle de ellas.

Jean Jacques Rousseau teorizó el contrato social (y por ende el fundamento de la democracia moderna) en los siguientes términos: debe inventarse un sistema político que pueda garantizar la democracia en una situación en que la propiedad privada genera desigualdad y por ende pone en peligro la libertad, un sistema que pueda construir un Estado, defender la propiedad privada y definir la propiedad pública como algo que, perteneciendo a todos, no pertenece a nadie. De esta suerte, la representación estaría al servicio de todos pero, siendo de todos, no sería de nadie. Para Rousseau, la representación es generada por un tránsito (metafísico) de la “voluntad de

todos” que constituye la sociedad a la ”voluntad general”, es decir, la voluntad de los preseleccionados por todos pero que no responden ante nadie. Como dice Carl Schmitt, representar significa hacer presente una ausencia o, en realidad, a nadie en concreto. La conclusión de Schmitt es perfectamente coherente con los presupuestos de Rousseau, que a su vez se expresan en la constitución estadounidense y en las constituciones de la Revolución francesa. La paradoja de la representación es completa. Lo único que sorprende es que pudiera funcionar durante tanto tiempo y, en su vaciedad, solo podía hacerlo respaldada por la voluntad de los poderosos, de los poseedores de la riqueza, de los productores de información y de los instigadores del miedo, predicadores de la superstición y la violencia.

Hoy, sin embargo, aunque llegáramos a creer en los mitos modernos de la representación y la aceptáramos como un vehículo de democracia, el contexto político que la hace posible ha cambiado radicalmente. Toda vez que los sistemas de representación fueron construidos sobre todo en el ámbito nacional, el surgimiento de una estructura global de poder los socava en profundidad. Las instituciones globales emergentes no hacen mucho esfuerzo por aparentar representar la voluntad de las poblaciones. Los acuerdos sobre las políticas a seguir se sellan y los contratos de negocio se firman y son garantizados dentro de las estructuras de gobernanza global, con independencia de toda capacidad representativa de los Estados nación. Existan o no “constituciones sin Estados”, no cabe duda de que la función de representación que, de modo mistificado, pretendía poner al pueblo en el poder ha dejado de ser eficaz en este terreno global.

¿Y el representado? ¿Qué queda de sus atributos como ciudadano en este contexto global? Habiendo dejado de ser un participante activo en la vida política desde hace mucho tiempo, el representado se ve pobre entre los pobres, luchando en la selva de esta vida social, solo. Si no atiza sus sentidos vitales y despierta su apetito por la democracia, se convertirá en un puro producto del poder, la cáscara vacía de un mecanismo de gobernanza que ya no hace referencia al ciudadano-trabajador. Así pues, el representado, como las demás figuras, es el producto de la mistificación. Del mismo modo que al endeudado se le niega el control de su potencia social productiva; del mismo modo que la inteligencia, las capacidades afectivas y las potencias de invención lingüística del mediatizado son traicionadas; y del mismo modo que el securitizado, que vive en un mundo reducido a miedo y terror se ve privado de toda posibilidad de intercambio asociativo, justo y afectuoso, a su vez el representado no tiene acceso a la acción política efectiva.

Así, pues, buena parte de los movimientos de 2011 dirigen sus críticas contra las estructuras políticas y las formas de representación porque reconocen claramente que la representación, aun cuando es efectiva, bloquea la democracia en vez de fomentarla. ¿Donde ha terminado el proyecto democrático?, se preguntan. ¿Cómo podemos emprenderlo de nuevo? ¿Qué significa recuperar (o, a decir verdad, realizar por primera vez) el poder político del ciudadano-trabajador? Un camino, tal y como enseñan los movimientos, pasa por la revuelta y la rebelión contra las figuras subjetivas empobrecidas y despotencializadas que hemos bosquejado en este capítulo. La democracia solo se realizara cuando haya emergido un sujeto capaz de aferrarla y promulgarla en acto.

Michael Hardt, Antonio Negri: “Declaración” Akal pág. 31-36